

1805 o en 1809, el día que, al ver en la habitación que le habían destinado un retrato de Carlos XII, dijo con imperioso desdén: «Que se lleven de aquí este retrato. Es un hombre sin consecuencias.» Aquel día formuló su propio juicio ante el tribunal de la Historia el que debía ser, entre todos los hombres famosos, el hombre sin consecuencias.

El señor Danquin.—¡Sin consecuencias! Ha salvado a Francia de la anarquía; consolidó las conquistas de la Revolución; fundió en el horno de su genio la antigua sociedad con la nueva, y obtuvo de este modo una aleación de bastante fortaleza para sufrir las pruebas del hierro y del fuego, de la guerra civil y de los cañones extranjeros. Él creó la Francia nueva y dió a la Patria lo que resulta más precioso que el oro y más necesario que el pan: la Gloria.

Y los dijes de la cadena del señor Danquin resonaban batalladores sobre su vientre, mientras el señor Dubois hacía girar entre sus dedos su cajita de rapé, como si tratara de asociar las formas geométricas a las de su pensamiento. Así los dos, formaban un grupo digno de figurar en la *Escuela de Atenas*, de Rafael.

A mi padrino le agradaban las batallas, aunque solamente las vió en pintura, y el señor Dubois, que había pasado el Berécina, trajo de allí el horror a la guerra. Pidió su retiro en 1814, y no sirvió a la Restauración, que le disgustaba tanto como el Imperio. Sólo Marco Aurelio le interesaba.

VI

LA BIFURCACIÓN

Aquel año, y ocho días antes de abrirse las clases, encontré a Fontanet que regresaba de Eretat con el rostro ennegrecido por las brisas marinas y la voz más llena que antes. No había crecido, pero compensaba la pequeñez de su estatura con la elevación de su pensamiento. Después de referirme sus juegos, sus baños, sus navegaciones, sus peligros, frunció el entrecejo y me dijo con mucha seriedad:

—Nozière: vamos a entrar en las clases superiores; este es para nosotros el año de la bifurcación. ¿Has reflexionado lo que vas a ser?

Le respondí que no lo había reflexionado, pero que seguramente me inclinaría por las letras.

—¿Y tú? —le pregunté.

Al oír mi pregunta ensombrecióse todavía más su frente, y me respondió que aquello era muy grave, que no se podía decidir a la ligera.

Quedé perplejo, humillado, celoso de su prudencia.

Para comprender las frases cruzadas entre Fon-

tanet y yo, es preciso no desconocer que en aquella época los alumnos de la Universidad de Francia, al terminar sus cursos de Gramática debían elegir, mientras estudiaban el tercero, entre las letras y las ciencias; de modo que a los catorce o quince años se les obligaba a bifurcar, como se decía, y a inclinarse conforme a sus luces y las de sus padres hacia una u otra rama de la horquilla pedagógica, sin que produjera mucho sobresalto aquella situación que se les imponía, para que se decidiesen por la elocuencia o por el álgebra, en lugar de seguir al coro entero de las musas que el señor Fortoul había desunido.

Pero cualquiera que fuese nuestra decisión se perjudicaba nuestro desarrollo intelectual, porque las ciencias separadas de las letras nos reducen a la comprensión mecánica de las cosas, y las letras sin las ciencias no tienen contenido, puesto que la ciencia es la substancia de las letras. Estas consideraciones, debo advertirlo, no entraban entonces en mi cerebro.

Acaso podría sorprender que mis padres no se refiriesen jamás a este asunto al hablar conmigo. Si fuese necesario descubrir las razones de su silencio yo encontraría algunas, como por ejemplo, la timidez de mi padre, quien jamás se atrevía a proponer sus ideas, y la inquietud de mi madre que impedía la formación de las suyas; pero la causa de su silencio era por parte de mi madre la seguridad que tenía en el triunfo de mi genio, con frecuencia obs-

curecido pero siempre ardoroso, mientras que mi padre abrigaba la certeza de que yo por cualquier camino que emprendiese no haría jamás nada bueno. Tenía mi padre por añadidura otro motivo que le obligaba a reservarse ante mí acerca de esa medida que, lanzada después del «Golpe de Estado» en un decreto del señor Fortoul, director general de Instrucción Pública en 1852, se relacionaba con las disputas más ardorosas de los políticos. Como católico ferviente aprobaba mi padre una reforma que al parecer favorecía a la Iglesia, en pugna contra la Universidad; pero enemigo del Imperio, veía con desconfianza las concesiones del adversario y no sabía qué pensar. Su reserva no me permitía formarme una opinión por el medio corriente, que consistía en decidir lo contrario de lo que él opinaba; pero me incliné hacia las letras que me parecieron fáciles, elegantes, amigas, y sólo fingí que me abrumaban las dudas para darme importancia y no parecer menos serio que Fontanet. Dormí tranquilamente, y por la mañana mientras Justina barria el comedor procuré mostrarme preocupado y le dije:

—Justina, este año entro en las clases superiores; es el año de la bifurcación. He de resolver un asunto que decidirá para siempre mi porvenir. Piénsalo, Justina, ¡la bifurcación!

Al oír estas palabras, la hija de los trogloditas se apoyó sobre el mango de su escoba, como la Minerva del Decreto sobre su lanza, quedóse pensati-

va, envolvióme luego en una doliente mirada, y exclamó:

—¿Es posible, Dios mío?

Oía por primera vez la palabra bifurcación, indescifrable para ella, y sin embargo no me preguntó lo que significaba, sino que desde luego le dió un sentido indudablemente funesto. Conjeturo que Justina creyó reconocer en la palabra bifurcación uno de esos azotes impuestos por los gobernantes como la conscripción, las prestaciones, las contribuciones; y aunque generalmente no era sensible para mí, lamentaba el daño que me ocurría.

El sol mañanero iluminaba los ojos azules y las rosadas mejillas de la hija de los trogloditas; había-se arremangado y sus brazos blancos, rayados por arañazos rojos, me impresionaron gratamente por primera vez. Las reminiscencias de mis lecturas poéticas me permitieron imaginarla como una sacerdotisa de Apolo, radiante de juventud y de majestad, y me creí transformado en un joven pastor de Orchomena llegado a Delfos para pedirle al dios el camino del Conocimiento que debía emprender. El comedor no era muy a propósito para representar la santa Pytho, pero la estufa de tierra cocida donde se hallaba el busto de Júpiter Trofonio fué lo bastante para fingirme un altar venerado, y mi imaginación, que en aquel tiempo lo suplía todo, me ofreció un paisaje de Poussin.

—Es indispensable bifurcar—dije solemnemente—, y escoger entre las letras y las ciencias.

La sacerdotisa de Apolo meneó tres veces la cabeza y adujo:

—Mi hermano Sinforoso conoce muy bien las ciencias; tuvo premio de Aritmética y premio de Catecismo.

Luego se puso a barrer.

—Me urge trabajar.

Insistí para obligarla a decir si yo debía decidirme por las ciencias.

—Seguramente no, señorito—me respondió con absoluta sinceridad—, usted no es bastante inteligente.

Y añadió por vía de consuelo:

—No todo el mundo es inteligente; la inteligencia es una gracia divina.

Me parecía en cierto modo posible que yo fuese tan estúpido como pensaba la hija de los trogloditas, pero tampoco estaba seguro de ello, y en esta cuestión como en tantas otras me dominó la incertidumbre. No me preocupé de ensanchar mis horizontes ni de nutrir mi inteligencia. En el asunto de la bifurcación sólo buscaba mi descanso y mi gusto y, como ya dije, prefería las letras por ser más flozantes y sutiles. La presencia de una figura geométrica, lejos de avivar mi curiosidad me producía tristeza y contrariaba mi sensualidad pueril. Un círculo aún es tolerable; pero ¡un ángulo!, ¡un cono! ¡Frecuentar ese mundo triste, seco, anguloso, erizado!... mientras en los estudios literarios por lo menos hay variadas formas y colores, y se nos apare-

cen con frecuencia los faunos, las ninfas, los pastorcillos, o se disfruta en imaginación de los árboles, tan amados por los poetas, y de la neblina que al anochecer envuelve las montañas. ¿Cómo preferir aquello a esto?

El desprecio estúpido que me inspiraba la Geometría, hoy lo adjuro humildemente a vuestros pies, viejo Thales, Pitágoras rey fabuloso de los números, Hiparco el primero que intentó medir los mundos, Vieto, Galileo que a pesar de tener bastante prudencia para no entregarse al dolor supo sufrir por la verdad, Fermat, Huyghens, curioso Leibnitz, Euler, Monge, y hasta Enrique Poincaré, cuyo rostro aureolado por el genio pude contemplar; hombres admirables, héroes y semidioses: ante vuestros altares deposito mis estériles elogios a la Venus Urania que os colmó de sus dones más preciados.

Pero en aquellas horas lejanas, era yo un pobre ignorante y me apresuré a gritar sin reflexión ni conocimiento: «Opto por las letras».

No sería extraño que hasta me atreviera entonces a blasfemar contra la Geometría y el Álgebra cuando mi padrino el señor Danquin se me apareció sonrosado y florido. Iba a buscarme para hacerme compartir una de sus diversiones favoritas.

—Pedrín—me dijo—, debes aburrirte después de mes y medio de vacaciones; vente conmigo a oír la conferencia del señor Vernier, referente a la dirección de los globos.

En la flor de la juventud José Vernier se había singularizado ya por varias ascensiones audaces. Su entusiasmo y su intrepidez inflamaban el corazón de mi padrino, que se interesaba apasionadamente por los progresos aerostáticos.

Sobre la imperial del ómnibus mi excelente padrino me refirió con entusiasmo el porvenir de la navegación aérea. Seguro de que el problema del globo dirigible quedaría pronto resuelto, me predijo que yo vería con el tiempo las rutas del aire frecuentadas por innumerables viajeros.

—Entonces—añadió—no habrá fronteras; todos los pueblos formarán un solo pueblo; la paz reinará en el mundo.

José Vernier debía dar su conferencia en uno de los salones de la extensa fábrica de Grenelle. Tenía la entrada por un cobertizo, donde se veía el globo que fué tripulado por el joven aeronauta en una ascensión terrible. Yacía desinflado, semejante al cuerpo sin vida de un monstruo fabuloso, y atraía las miradas de la concurrencia el desgarrón abierto como una herida enorme. Cerca del globo estaba la hélice que, según se decía, le impuso dirección durante algunos momentos. Introducidos en la sala próxima vimos varias filas de sillas ya ocupadas por una concurrencia donde lucían sombreros de señora y que se animaba con murmullos de voces femeninas. A un extremo del salón se alzaba un estrado sobre el cual había una mesa y sillones vacíos encarados con el público. Lo contemplé todo

ávidamente, y a los diez minutos vimos subir al joven aeronauta los tres escalones del estrado, acompañado de un cortejo ilustre y seguido por aplausos entusiastas. De color cetrino, imberbe, delgado, pálido, grave como Bonaparte, su rostro afectaba la inmovilidad de una mascarilla histórica. Dos académicos de ciencias tomaron asiento a su lado, los dos de una fealdad sobrehumana y semejantes a los dos cinocéfalos que los antiguos egipcios, en sus rituales, ponían a la derecha y a la izquierda del muerto durante el juicio. Detrás del orador se alineaban algunas personas respetables entre las cuales sobresalía una señora muy bella, alta, con un traje verde, semejante a la mujer que representa el arte cristiano en el fresco pintado por Delaroche en el hemiciclo de las Bellas Artes. Mi corazón latía violentamente. José Vernier habló con voz opaca y monótona, en consonancia con la inmovilidad de su rostro.

Enunció inmediatamente su principio:

—Para navegar por el aire—dijo—se necesita una máquina de vapor que ponga en movimiento una hélice motriz fundada en cálculos matemáticos semejantes a los que permitieron construir la válvula de la turbina y los brazos de las hélices marítimas.

Trató luego muy extensamente acerca de la forma del globo, que debía ser lo más largo posible en el sentido de la dirección.

Uno de los cinocéfalos no sólo aprobaba sino que

iniciaba los aplausos; el otro permanecía impassible.

A continuación el orador hizo el relato de sus ascensiones peligrosas y refirió un aterrizaje durante el cual, rota el ancla, el globo, animado por extraordinaria velocidad, corría horizontalmente, y a su paso tronchaba los árboles, rompía las cercas y golpeaba la barquilla. Nos estremeció al referir sencillamente que otra vez, por no funcionar el escape, el globo se elevó a tales alturas que no era posible respirar, y tan hinchado que, por temor a una explosión, Vernier le hizo una desgarradura; como ésta se corrió hasta el vértice, el descenso fué de una espantosa rapidez, y hubiera causado la muerte de los aeronautas a no ser porque la barquilla cayó en un estanque. Al terminar anunció que se abría una suscripción para construir los aparatos necesarios a la navegación aérea.

Fué muy aplaudido. Los dos cinocéfalos le oprimieron la mano. La señora del vestido verde le ofreció un ramo de flores. Y yo, en aquel momento, conmovido, exaltado, con los ojos llenos de lágrimas generosas, resolví:

«¡Seré aeronauta!»

No pude dormir aquella noche impresionado por las aventuras aéreas de José Vernier y engreído por el orgullo anticipado de las ascensiones arriesgadas que yo realizaría.

Deduje que para construir, conducir y dirigir globos, era necesario poseer muchos conocimientos técnicos; y resolví optar por las ciencias.

A la mañana siguiente, y en cuanto vi a Justina la comuniqué mi resolución y las razones que la justificaban. Ella me dijo que su hermano Sinforoso fabricaba globos de papel, y aquellos globos subían por el aire después de haberlos tenido sujetos a cierta distancia sobre una hoguera. Pero lo hacía por jugar. Justina no aprobaba que los hombres intentasen subir al cielo, y reprochaba los viajes a la luna, donde Caín estaba cautivo. Una noche se lo habían hecho ver con su haz de leña a la espalda.

Durante tres días mantuve con firmeza mi propósito, pero al cuarto, los mirtos de Virgilio y los ocultos senderos del Bosque de las Sombras me atrajeron nuevamente. Renuncié a la gloria de conquistar los aires y seguí con docilidad la rama de la horquilla que conducía a la clase del señor Lerond. Concebí entonces cierto orgulloso desdén hacia mis compañeros que habían elegido la otra rama. Tal era el efecto ordinario de la bifurcación. Como debía suceder, como lo exige el espíritu de cuerpo, tan extendido, y que es el espíritu de las gentes de pocos alcances: los alumnos de letras y los alumnos de ciencias se despreciaban recíprocamente. Alumno de letras, adopté los prejuicios de mi clase y me atreví a ironizar como pesados y sin ornamento los estudios de los científicos. Es posible que a ellos les faltasen elegancia y humanidades, pero los de letras no éramos tampoco gallardos ni elocuentes.

No puedo juzgar por mi propia experiencia los efectos de la bifurcación, porque mi carácter no me permitió sacar provecho de las enseñanzas dadas en comunidad. En las clases de ciencias, como en las clases de letras, yo hubiera mostrado una comprensión difícil y un espíritu rebelde. Lo poquito que aprendí, lo aprendí solo.

Creo que la bifurcación precipita la decadencia de los estudios clásicos, los cuales en realidad no responden a las conveniencias de una sociedad burguesa, enteramente consagrada a la industria y a los negocios. Se ha dicho que el ministro de Instrucción Pública de 1852 tenía empeño en desnaturalizar la enseñanza universitaria, porque un poder más alto la consideraba como un peligro nacional. Tal vez por esto restringió en ella las partes más nobles y se atrevió a decir: «Las discusiones históricas y filosóficas no son convenientes para los niños, y esas investigaciones intempestivas sólo producen vanidad y duda». Seguramente no es así como debe expresarse un educador obstinado en despertar las inteligencias juveniles. El propósito de Fortoul consistía en obtener generaciones tranquilas y dar a los hijos de los burgueses, educados bajo la realeza liberal, una instrucción conveniente para la vida de los negocios que deben preocuparles. En aquella época, un universitario de espíritu burgués, fiel a la monarquía de Julio, expresó claramente tales intenciones en las líneas que transcribo: «El porvenir de nuestros hijos no está

en la sabiduría. No queremos convertirlos en poetas ni en literatos; la poesía y la literatura son oficios muy peligrosos. No queremos tampoco dedicarlos al estudio de las leyes, porque hay abogados de sobra. Queremos que sean buenos comerciantes, buenos agricultores; y para estas profesiones, que forman el cuerpo social, ¿de qué han de servir a nuestros hijos el griego y el latín que les enseñáis y que olvidan al momento? No todo el mundo puede escribir, defender pleitos y ser catedrático; la mayoría de los hombres vive fuera del círculo de las profesiones eruditas. ¿Qué enseñan vuestros colegios a esa mayoría? Nada, o nada bueno».

No habrá un hombre de corazón a quien estas frases bajas y groseras no desagraden. Las recuerdo porque subsiste aún la manera de ver las cosas que las inspiró. La segunda enseñanza decae de cincuenta años acá. La condenaron a muerte. Nuestra sociedad no necesita que los hijos del pueblo vayan a la escuela, ni los hijos de las clases acomodadas al Instituto donde, por añadidura, no aprenden nada. Después de la guerra monstruosa que hizo caducar en cinco años todas las instituciones, se debe reconstruir el edificio de la instrucción pública sobre un plan nuevo, de sencillez majestuosa. La misma enseñanza para los niños ricos y pobres. Deben ir todos juntos a la escuela primaria, y los que muestren más aptitud para el estudio son los que han de recibir la segunda enseñanza que, dada gratuitamente, reúna en los mismos bancos la flor

de la juventud burguesa y la flor de la juventud proletaria. Los que se distinguen más entre todos deben ser recibidos en las Escuelas superiores de Ciencias y de Artes. Sólo así la democracia sería una realidad.

Volvamos a las edades fabulosas de mi infancia y os diré que no me engañaba por completo el instinto que me inclinó a los estudios literarios. En aquellas aulas ruines se me aparecieron Grecia y Roma; Grecia, que enseñó a los hombres la ciencia y la hermosura, y Roma que pacificó el mundo.